

J. L. Villacañas Berlanga, *Érase una vez España. El mal radical de la españolez*, Madrid, Underwood, 2023, 264 pp.

El patriotismo puede volverse dañino cuando alimenta la frustración colectiva y altera la narrativa de la Historia porque, de hecho, mutaría a nacionalismo y se adentraría en el mundo de la mitología con epopeyas que tapizan los crímenes cometidos y héroes –no tan héroes– que son elevados a la categoría de *Founding Fathers*. En este sentido, es pertinente, adecuado y magistral el libro que aquí se reseña.

El planteamiento argumental es sencillo y de reminiscencias ferlosianas, como se verá. No incurro en desvelo alguno del ensayo si señalo que el centro gravitatorio del mismo es la noción *españolez –mal radical*, emulando a Kant: “Condición de quien se siente rabiosamente español”, aludiendo de forma clara al artículo *Rabiosamente español*, de Rafael Sánchez Ferlosio (publicado el 23 de febrero de 1984 en *El País*). Ferlosio, crítico con la identidad y con la génesis de cualquier patria, señala la españolez como la identidad que se ha construido por antagonismo y “pugnaz que corresponde al español que lo quiere ser rabiosamente, o sea antológicamente”.

Ese antagonismo es analizado por Villacañas, centrándose en los judíos y particularmente en los conversos, para narrar el origen de España. Señala el autor: fue “un parto algo sucio y feo”. Aquí de nuevo Ferlosio porque la patria, según él, nace sobre la sangre derramada (*La verdad de la patria. Escritos contra la patria y el patriotismo*, Debate, 2020), para el caso en cuestión: judía. En torno a la fábula de don Illán: “Es el símbolo de todo un pueblo asentado desde siglos en la ciudad del Tajo”, señala el autor del libro recensionado, nos hallamos con el eje vertebrador del ensayo, en el que el obispo judío espera a un viajero, clérigo del viejo cabildo de Santiago. A partir de este encuentro, la narración ensayística va ampliándose por la historia española, para la configuración de la españolez.

Los movimientos espirales que la narración efectúa a partir del encuentro mencionado llevan al lector a lugares como Toledo, Granada, Castilla, Sevilla, Barcelona... un recorrido, en suma, por la España de los siglos XIII, XIV y XV, y consideraciones sobre personas históricas de la época, poesía y literatura.

Efectivamente, el autor constata el uso de los judíos por los poderes cristianos para alcanzar o permanecer en el poder, ya que aquellos ofrecían “saberes que estos no poseían”, además de una hacienda siempre voluminosa. “Eran los judíos del rey”. Evidentemente, esta relación interesada perduró mientras el interés de todas las partes permanecía. Por consiguiente, si para una de las partes, por motivos político-económicos recubiertos en muchas ocasio-

nes de religiosos, desaparecía el interés, la relación se quebraba. Y precisamente esta ruptura, llevada a cabo por los poderes de la españolez, es lo que nos muestra Villacañas por medio de la definición de un programa de exclusión de los judíos de los territorios cuya hegemonía era cristiana, a la sazón, España. Impulso que comenzó Clemente V en el Concilio de Vienne de 1311 (que aceptó la iglesia castellana y los diversos reyes con equilibrios, no obstante, con las élites judías sobre las que se apoyaban para detentar el poder) hasta desencadenar *la furia* de 1391 contra los judíos en España: “Conversión o muerte”, frase de san Vicente Ferrer que se hizo imperativa para las élites españolas.

De conformidad con la fecha última mencionada, Villacañas pone de relieve la violencia institucionalizada contra los judíos y, sobre todo, contra los conversos: mirados con recelo tanto por los judíos como por los cristianos, pues muchos de los marranos continuaban practicando el judaísmo en el ámbito privado y el cristianismo en el ámbito público. Asimismo, el autor visibiliza durante todo el programa de furia contra la población israelita cuatro élites conversas (Pablo de Burgos, Alfonso de Cartagena, Juan de Lucena, Luis Vives) que presentaban un programa alternativo a la españolez (a la cabeza Álvaro de Luna con los franciscanos y los dominicos, cuyo programa era antisemita, de hambruna para la población y el uso de la res publica como res privada) centrado en una España más cercana a los postulados europeos. Hubo, pues, un enfrentamiento entre élites conversas y castellanas. Pugna que, como todos conocemos, ganó las castellanas con la expulsión de los judíos de España en 1492. Pero, hete aquí, la hipótesis del profesor Villacañas.

Los Reyes Católicos tras alcanzar el poder por la incapacidad de Enrique IV y de Juan II para gobernar por diferentes circunstancias cada uno, y tras ganar la guerra civil contra los partidarios de la Beltraneja, sabían que necesitaban a los conversos frente a la nobleza hostil. El nuevo matrimonio quería una Monarquía fuerte, que ordenase y racionalizase la Administración. Sin embargo, todo se torció por el fanatismo de los súbditos reales concededores del poder real. Sevilla es el comienzo, según el autor, cuya hipótesis se centra en el duque de Medina Sidonia, sediente de ambición por hacerse con el botín de la ciudad del Betis y el convencimiento de ello a los judíos conversos sevillanos, hizo que se enfrentara a los Reyes Católicos, cuya mirada también estaba en Granada: último eslabón. A partir de entonces, y tras el miedo a perder el territorio y no poder conquistar

Granada, los jóvenes reyes se inclinaron por la élite antisemita, llegando a crear el mayor instrumento de represión que ha tenido España y quizá un país en el mundo: la Inquisición, quizá, leyendo a Villacañas, el gran instrumento de unidad de España “y una pieza imprescindible del gobierno regio”, defendida incluso frente al Papa.

¿Por qué se hizo todo esto? “Para que pudiera sobrevivir una monarquía débil, insegura, prematura, que había nacido de una lucha civil”, frente a una monarquía europea fuerte, con una Administración ordenada y definida. De este modo, se crea y se implanta de forma hegemónica la españolez; una élite hispana “contraria a cualquier reforma de la inteligencia”, centrada en el espíritu católico, y en el fanatismo creado por tales élites para con el pueblo, que fue engañado y convertido en un mero sujeto pasivo y, en suma, traicionado (*Un pueblo traicionado*, de Paul Preston, Debate, 2019).

La españolez ha perdurado desde entonces, y podría considerarse como la antecesora del concepto de lo político de Carl Schmitt: amigo-enemigo, por configurar España a raíz de todo aquello que se considerase antagónico y, por ende, enemigo (liberales, rojos, republicanos). Siendo este todo aquel que no forme parte de lo rabiosamente español como ser ontológico.

Al lado del poema Juan del Encima, que muestra esta triste España sin ventura, finaliza el autor con una esperanza: “Espero que esta historia de nuestra fundación agudice la inteligencia para evitar ese amargo de repeticiones”. ¿Muestra el presente político la garantía suficiente para no repetir lo sucedido, pero centrándose en otros colectivos?

Dr. D. Carlos Gil Gandía
Universidad de Murcia
Carlos.gil@um.es